



Álvaro García Linera

Posneoliberalismo
Tensiones y complejidades

Álvaro García Linera

Posneoliberalismo

Tensiones y complejidades

Álvaro García Linera

Posneoliberalismo

Tensiones y complejidades

prometeo)
libros

 BIBLIOTECA
ÁLVARO
GARCÍA LINERA
CLACSO

 CLACSO

García Linera, Álvaro

Posneoliberalismo : tensiones y complejidades / Álvaro García Linera. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros ; CLACSO.
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, 2022.

Libro digital, PDF - (Biblioteca Álvaro García Linera ; 1)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-816-502-8

1. Neoliberalismo. 2. América Latina. 3. Economía. I. Título.
CDD 320.513

Colección Biblioteca Álvaro García Linera

Director: Álvaro García Linera

Diseño de tapa: Marcelo Giardino

Ilustración de tapa: Villy Villian

Diagramación: Eleonora Silva

Corrección: Facundo Gómez

© De esta edición, Prometeo Libros-CLACSO,
2022 Pringles 521 (C11183AEJ), Buenos Aires,
Argentina Tel.: (54-11)4862-6794 / Fax:
(54-11)4864-3297 editorial@treintadiez.com
www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Índice

Primera parte · La complejidad de los procesos de transición posneoliberal	9
<hr/>	
1. Las tensiones creativas de la revolución	11
2. Geopolítica de la Amazonía. Poder hacendal-patrimonial y acumulación capitalista	49
3. Medioambiente e igualdad social	127
4. Economía, sociedad y formas de acción colectiva en Bolivia. 70 Años (1950-2018)	135
5. ¿Fin de ciclo progresista o proceso por oleadas revolucionarias?	187
Segunda parte · Clases medias tradicionales y conservadurismo racializado	223
<hr/>	
1. Derrotas y victorias	225
2. Cuando el odio es el alma	233
3. La asonada de la clase media decadente	237
4. Las clases medias en disputa	243
5. El odio al indio	251

6. El agravio a los muertos	257
7. “Curva de elefante” y clase media	263
Tercera parte · Democracia y Estado	269
<hr/>	
1. Democracia	271
2. Estado, democracia y socialismo	331
 Bibliografía	 361

Primera parte

La complejidad
de los procesos de
transición posneoliberal

1. Las tensiones creativas de la revolución

A un año de la primera gestión de Gobierno del Estado Plurinacional, partimos de una constatación primordial: hoy, el pueblo boliviano ha consolidado su unidad histórica en torno a un único proyecto de Estado, economía y sociedad.

Hacia un nuevo horizonte de época

Del republicanismo propietario al republicanismo comunitario

Si uno se pone a pensar que hasta hace pocos años existía un *apartheid* institucionalizado que segregaba a las mayorías indígenas de los poderes del Estado republicano desde su fundación, o en la turbulencia e inestabilidad política estructural que vivió Bolivia durante el periodo 2000-2005 (cinco presidentes en cinco años), o en las movilizaciones por la demanda de autonomía que intentaron ser aprovechadas por segmentos fraccionalistas de las viejas élites regionales, hoy, cada una de estas históricas divisiones sociales ha sido superada por la consolidación de una estructura estatal plurinacional, autonómica y de un Gobierno Revolucionario que basa su solidez y su estabilidad en la unidad del pueblo boliviano, de sus organizaciones sociales indígenas-campesinas, obreras, vecinales y populares.

Durante los últimos 5 años, se han comenzado a demoler rápidamente los mecanismos racializados de las decisiones estatales que marginaban a las mayorías indígenas. Se ha derrotado al neoliberalismo recuperando

el control social y estatal de la riqueza pública, anteriormente enajenada en manos privadas extranjeras. Igualmente, se ha puesto fin a décadas de denigrante subordinación de las decisiones gubernamentales a la Embajada norteamericana y a los organismos financieros internacionales. Hoy, como nunca en la historia colectiva de la Patria, indígenas y mestizos compartimos las decisiones del Estado y tenemos las mismas oportunidades en la toma de decisiones públicas.

En estos años se ha comenzado a construir un tipo de Estado autonómico, resolviendo de manera democrática una demanda que amenazó con fisurar la unidad del país.

En conjunto, fracturas y demandas que habían enfrentado a los bolivianos durante siglos y que habían subordinado al país a poderes externos durante décadas, han sido resueltas mediante métodos democráticos y revolucionarios, tejiendo la unidad soberana de la sociedad y la solidez del Estado.

También se derrotaron a las castas políticas, ineptas y corruptas que administraron un sistema de republicanismo-propietario, y que tanto daño le causaron al desarrollo de nuestro país. Y, por último, se triunfó sobre numerosas conspiraciones económicas, políticas e, incluso, intentos separatistas de la unidad territorial de nuestra Patria.

En este sentido, las divisiones sociales de larga data y las más recientes, que paralizaron las energías vitales de la sociedad boliviana han venido siendo superadas por el Proceso de Cambio que, con la plurinacionalidad, la autonomía y la economía plural está también levantando un nuevo republicanismo del común¹, comunitario, sustentado en la ampliación de la riqueza colectiva de todos los bolivianos.

1. En su libro *Commonwealth*, Negri y Hardt (2009) desarrollan el concepto del republicanismo moderno como “basado en la regla de la propiedad y la inviolabilidad de los derechos de propiedad privados, que excluye o subordina a aquellos sin propiedad”. Como concepto dominante, este se habría constituido en el “fundamento de cada constitución política moderna”. En ese marco, la democracia de la multitud de los pobres se presentaría como “una amenaza objetiva a [esa] república de la propiedad” porque podría desarrollar las potencialidades del proyecto revolucionario republicano (igualdad, libertad), bloqueadas e invisibilizadas por ese concepto hegemónico, es decir, construir una “política de libertad, igualdad y democracia de la multitud”, un republicanismo ya no fundado en la propiedad sino en el libre acceso de todos a los comunes.

Pero todos estos logros y estas victorias históricas no hubieran sido posibles sin el movimiento ascendente y envolvente de la unidad movilizadora del pueblo. Hoy, después de una década de intensas batallas, de suturas de los abismos estructurales que separaban al pueblo boliviano, todos los trabajadores del campo y la ciudad han optado por un único proyecto de Estado, economía y sociedad.

No se ve en el horizonte un modelo alternativo de generación y distribución de riqueza distinto al que el Gobierno lleva adelante: de economía plural con liderazgo estatal en los sectores estratégicos de la generación del excedente. No existe una propuesta alternativa a la plurinacionalidad descolonizadora que consolida una *única nación estatal* en la que conviven múltiples *naciones culturales* y pueblos. No se tiene otra opción de democratización superior del Estado que no sea la del reconocimiento de múltiples formas plurales de democracia (directa, representativa, comunitaria) y de desconcentración territorial del poder a través de las autonomías.

Están sentadas las raíces y posibilidades históricas de un proceso civilizatorio que a la larga tiende a diluir el Estado en la sociedad, en lo que se ha denominado la perspectiva socialista y comunitaria de un *Estado integral*.

Por eso, de manera categórica, sostenemos que ahora el pueblo está más unido que hace años y décadas atrás en torno a un gran proyecto societal. Pero esa unidad del pueblo y estos logros de nuestra Revolución Democrática y Cultural no implican que las tensiones, las diferencias internas, las contradicciones y las luchas hayan desaparecido. Al contrario, siguen existiendo, e incluso por momentos se intensifican, pero todas ellas se dan en el marco de representaciones, horizontes y expectativas creadas por ese trípode societal: Estado plurinacional, régimen autonómico, e industrialización de los recursos naturales en el contexto de una economía plural. Este trípode es un *horizonte de época*, y es en su interior que ahora emergen las luchas, las diferencias, las tensiones y contradicciones.

Algunas contradicciones anteriores se han desvanecido, otras han bajado de tono dando lugar a unas nuevas y al reforzamiento de antiguas que no tenían tanto protagonismo como el actual. Se trata de

contradicciones y tensiones que tienen dos características fundamentales. La primera, que a diferencia de lo que sucedía años atrás, no propugnan un nuevo tipo de sociedad ni plantean un nuevo horizonte de Estado o economía, sino la ralentización o la radicalización del proceso, pero en el marco del *horizonte de época* de la plurinacionalidad.

La segunda, que como son contradicciones al interior de los tres principios ordenadores de la realidad y de las luchas por transformarla (plurinacionalidad, autonomía y economía plural), son también contradicciones al interior del amplio bloque popular que conduce y sostiene el Proceso de Cambio. Incluso las fuerzas conservadoras, que intentan utilizarlas para revitalizar su presencia, lo tienen que hacer con el lenguaje y el norte que delimita el *horizonte de época* dominante.

En ese sentido, en términos del ciclo largo de la época revolucionaria iniciada el año 2000, el contenido y movimiento de estas contradicciones son propias de una nueva *fase del proceso revolucionario*, la *quinta* –que analizaremos en detalle–, claramente diferenciada de las contradicciones y luchas que caracterizan las fases anteriores.

Las fases del proceso revolucionario

Primera fase: develamiento de la crisis de Estado

La primera fase de esta época revolucionaria se inició con la “Guerra del agua”. Si bien es cierto que años antes hubo numerosos esfuerzos de acumulación de fuerzas de distintos sectores, la sublevación de abril del año 2000 marcó una ruptura con todo el consenso pasivo que el neoliberalismo había construido en 15 años. Aunque imparable hasta entonces, se detuvo el proceso de privatización de los recursos públicos, en este caso no estatales: el agua. Como nunca antes había sucedido, regionalmente se articuló en esta movilización un gran bloque social-popular urbano y rural en torno al movimiento campesino-indígena (regantes y productores de hoja de coca), que se convertiría en el precedente de la misma articulación, ahora a nivel nacional, de todos los sectores populares en torno a la candidatura del MAS en los años 2005, 2009. Pero quizá

lo más importante para la continuidad de este despertar fue saber que el régimen neoliberal era débil, que se lo podía derrotar, lo que rápidamente dio lugar a un estado de ánimo popular desobediente a las ideas-fuerza emanadas desde el poder y a una predisposición material de la plebe a buscar su unificación y a movilizarse expansivamente.

A esta *primera fase* del ciclo revolucionario la hemos denominado la del *develamiento de la crisis de Estado*, porque los pilares de la dominación estatal (institucionalidad, ideas-fuerza de legitimación, y correlación de fuerzas entre gobernantes y gobernados) comenzaron a resquebrajarse irreversiblemente. Es el momento del develamiento de las contradicciones de *larga duración* acumuladas durante siglos (Estado monocultural contra sociedad plurinacional, Estado centralista enfrentado a la apertencia descentralizadora de la sociedad) y de las contradicciones de *corta duración* (nacionalización de las riquezas naturales contra privatización, monopolización de la política contra democratización social).

Las sublevaciones de septiembre-octubre del año 2000, en las que se produjo el bloqueo nacional de caminos más largo de nuestra historia (23 días) y las crecientes unificaciones sociales de los sectores populares en torno a un conjunto preciso de nuevas ideas-fuerza movilizadoras que emergían de la propia movilización social (asamblea constituyente, nacionalización de los hidrocarburos), polarizaron territorialmente el escenario de las clases sociales en el país. El bloque dominante mantenía el poder, pero al frente tenía líneas internas y externas en las que las clases subalternas de la ciudad y el campo le comenzaban a disputar el control territorial, ideológico y simbólico de la sociedad. Las ideas-fuerza del neoliberalismo que atrajeron pasivamente a las clases populares, empezaban a deshilacharse aceleradamente frente a otras que crecían en el imaginario colectivo. Cuando ello dio lugar a la constitución de un bloque social con capacidad de movilización territorial y con voluntad de poder, esto es, con voluntad material de disputar palmo a palmo el control y dirección de la sociedad, entramos en la *segunda fase* de la oleada revolucionaria, la del “*empate catastrófico*”.

Segunda fase: el empate catastrófico

La cuestión no era simplemente que los de arriba no podían seguir gobernando como antes, ni que los de abajo no querían seguir siendo gobernados como antes. Lo que sucedió fue que los de abajo querían gobernarse, como nunca antes lo habían hecho, y esa sola determinación paralizó el orden estatal de dominación: dos bloques de poder con dos proyectos de poder, con dos capacidades de presencia territorial y con liderazgos antagónicos se disputaban el orden estatal paralizando, hasta cierto punto la reproducción de la dominación.

Existía un empate entre ambos proyectos de sociedad y encima era catastrófico por la irresolución de la unicidad conducente del poder. Esta segunda fase duró de 2003 a 2008 y las contradicciones que se hicieron presentes enfrentaban antagónica e irreversiblemente a dos proyectos de sociedad, de Estado y de economía, portadores de dos voluntades de poder irreconciliables.

Tercera fase: capacidad de movilización convertida en presencia estatal gubernamental

La *tercera fase* de la época revolucionaria se presentó solapada a la segunda y aconteció con la sublevación política democrática de las elecciones que llevaron a la presidencia al primer presidente indígena y campesino de nuestra historia.

Era un atavismo colonial el que ordenaba las razones vivenciales del mundo para las clases pudientes y las clases subalternas: los indios estaban destinados a ser campesinos, cargadores, sirvientes, albañiles y, tal vez, obreros; fuera de ello, el universo estaba vacío, no había margen para otro curso de realización social. De la misma manera, las élites mestizas y adineradas habían sido educadas para mandar, dirigir y gobernar con una naturalidad como la que predice que el sol saldrá cada 24 horas por el horizonte. Resulta que este orden simbólico del universo de un día para el otro se hizo añicos, o peor aún, se invirtió y los dominados, los hijos de mitayos, en contra de todo orden y rigor de las cosas del mundo vividas desde hace 500 años, llevaron a uno de los suyos, a un indio,

campesino, trabajador, aymara a la presidencia de la República. Para la historia racializada del país fue como si el cielo se hubiera caído, como si los acerados desprecios de inferiorización escalonada con los que la sociedad colonial ordenó el mundo, a partir de los colores de la piel y los apellidos, se convirtieran en polvo ante la insolencia de un campesino entrando al Palacio de Gobierno.

Ese solo hecho ya es con mucho el acto más radical e imperdonable, ante los ojos de los pudientes, que la plebe pudo hacer en toda su historia. Sucedió. Los subalternos dejaron de serlo, se hicieron en *común*, presidentes, gobernantes, ante el horror de las miradas coloniales de aquellas estirpes que habían concebido el poder como una prolongación inorgánica de su sangre.

Esta insurrección del orden simbólico de la sociedad que trajo la *pérdida del gobierno*, más no aún del poder por parte de las clases dominantes, constituyó la *tercera fase* del proceso revolucionario que se inició el 22 de enero de 2006 y que sacaría a luz, precisamente, la contradicción antagónica entre el gobierno controlado por las clases populares y el poder del Estado aún en manos de las clases pudientes y sus aliados extranjeros. Fue un desplazamiento del antagonismo de los dos proyectos de sociedad *al interior del mismo Estado, y de las clases sociales en el Estado*; ahí radica la novedad de la contradicción antagónica.

Nos referimos claramente a una coyuntura política de Estado, dividido entre gobierno controlado por los insurrectos y poder del Estado (lógica y mando institucional) controlado por las clases económicamente dominantes. En cierta forma es también una radicalización de la segunda fase del *empate catastrófico*, pero la novedad del desplazamiento territorial y clasista de este “*empate*”, que se inscribe en la propia institucionalidad dinámica del Estado, hace necesario tratarla como una fase específica.

Cuarta fase: el punto de bifurcación o momento jacobino de la revolución

La *cuarta fase* de la época revolucionaria es a la que llamamos en otros artículos como el *punto de bifurcación*, y que en un sentido más poético podría denominarse también el *momento jacobino de la revolución*.

Se trata del momento en que los bloques antagónicos, los proyectos irreconciliables de sociedad que cubren territorialmente la sociedad y el Estado, deben dirimir su existencia de manera abierta, desnuda, a través de la medición de fuerzas, la confrontación (el último recurso que resuelve las luchas cuando no hay ya posibilidades de otra salida).

Eso fue lo que sucedió entre agosto y octubre de 2008.

Tras el fracasado intento de revocar al Presidente Evo², la oposición de la derecha neoliberal de la “media luna”, que tenía presencia territorial no solo en Santa Cruz, Beni, Pando, Tarija, sino también en La Paz, Cochabamba y Sucre, optó por el golpe de Estado. Desde inicios de septiembre comenzaría a asumir el control real de las ciudades de esos departamentos, impidiendo la llegada de las autoridades nacionales mediante el control de los aeropuertos, hostigando a los mandos policiales, y a partir del 9 de septiembre lanzándose a la ocupación y destrucción violenta de varias instituciones del Estado bajo mando nacional. En dos días, más de 72 instalaciones gubernamentales resultaron quemadas, incluyendo el canal de televisión, la radio estatal, oficinas de la empresa de telecomunicaciones, del Servicio de Impuestos Internos y del INRA. Grupos de choque armados se desplazaron para controlar, o destruir como en el caso de Tarija con el gasoducto que va al Brasil, las redes de distribución de carburantes. Para coronar el golpe y con el ánimo de escarmentar cualquier intento de resistencia popular, asesinarán a una decena de dirigentes campesinos en la localidad de Porvenir, del departamento de Pando.

El Gobierno, que ya había previsto tiempo atrás que un tipo de acción golpista podría darse por parte de la derecha, esperó a que los golpistas desplegaran sus iniciativas que los deslegitimaron ante el pueblo y el mundo como fascistas, racistas y antidemocráticos. Sin embargo, ante la primera muerte se respondió con contundencia, velocidad y fuerza masiva. Se tomó militarmente Pando, el eslabón más débil de la cadena

2. El 10 de agosto de 2008, se llevó a cabo un Referéndum Revocatorio, en el que se decidió sobre la permanencia del Presidente Evo Morales, el Vicepresidente Álvaro García Linera y ocho prefectos departamentales. El presidente fue ratificado en su cargo con el 67% de votación a su favor. También fueron ratificados los prefectos de Oruro, Potosí, Tarija, Santa Cruz, Pando y Beni, mientras que los de La Paz y Cochabamba fueron revocados.

del golpe, e inmediatamente se puso en marcha un plan de movilización nacional y general de todo el pueblo, con el apoyo de las Fuerzas Armadas, hacia los bastiones golpistas.

De todas partes del país, desde las comunidades, ayllus, minas, fábricas y barrios, una estructura de movilización social se puso en marcha para defender la democracia y la revolución.

La violencia de los golpistas horrorizó al país entero. El presidente, al ordenar la expulsión del embajador norteamericano³, los dejó sin estrategia y puente internacional. Los sectores que los apoyaban, asustados, comenzaron a abandonar a sus líderes y al mismo tiempo la comunidad internacional al condenar el golpe los dejó aislados. Ante la inminente convergencia de multitudinarias fuerzas sociales populares y Fuerzas Armadas, los dirigentes golpistas tuvieron que capitular.

Se trató ciertamente de un hecho de fuerza, de guerra social puntual en la que los “regimientos” de los bloques de poder en pugna se midieron cara a cara para concurrir al combate. En ese momento ya no contaba el discurso sino el potencial de la fuerza, y a partir de esa evaluación y antes de la conflagración, los golpistas prefirieron retroceder y rendirse. Ese fue el *punto de bifurcación*, el encuentro de fuerzas que sobre el escenario del combate social dirimieron el control de poder del Estado.

En esta *cuarta fase* las contradicciones llegaron a su epítome real, a su origen y punto de llegada obligatorio como materia estatal: al choque de fuerzas materiales. La fuerza es el Estado en su condición de organización desolada y arcaica, en “última instancia” si se quiere, y en esta fase, la contradicción antagónica por el control del poder estatal tendrá que realizarse y dirimirse en base a la fuerza hasta aquí lograda, acumulada, convencida, pero hecha fuerza desnuda y nada más.

Fruto de esa lucha desnuda de fuerzas, o bien el poder era retomado por las antiguas clases dominantes, o bien asumido por el nuevo bloque de poder emergente. No había puntos intermedios ni posibilidad de mayor dualidad de poderes; era el momento de la consagración de la unicidad del poder. Por eso, *punto de bifurcación*.

3. El 10 de septiembre de 2008, el Presidente Evo Morales declara públicamente al embajador de Estados Unidos en Bolivia, Philip Goldberg, persona no grata e instruye al Canciller David Choquehuanca realizar los trámites diplomáticos para su salida inmediata del país.

La consensuada modificación congresal de la Constitución en octubre de 2008 continuaría políticamente esta victoria militar y, tras el desbaratamiento del intento contrarrevolucionario del separatismo armado organizado por el grupo La Torre y sus mercenarios contratados en Europa, el bloque nacional-popular quedaría consolidado en el poder con la victoria electoral del Presidente Evo en las elecciones de 2009⁴.

***Quinta fase del proceso revolucionario:
la emergencia de las contradicciones creativas***

Esta victoria cierra la cuarta fase o etapa de la época revolucionaria y da inicio a la *quinta* que se caracterizará ya no por la presencia de contradicciones entre bloques de poder antagónicos, entre proyectos de sociedad irreconciliables como sucedía hasta aquí, sino que estará marcada por la presencia de contradicciones al interior del bloque nacional-popular, es decir, por tensiones entre los propios sectores que protagonizan el Proceso de Cambio, que se darán en torno a cómo llevarlo adelante. Se trata por tanto de contradicciones no simplemente secundarias sino *creativas* porque tienen la potencialidad de ayudar a motorizar el curso de la propia revolución. Cuando sucede esto, estas tensiones devienen en *fuerzas productivas objetivas y subjetivas* de la revolución.

En toda revolución existen tensiones y contradicciones de dos tipos, en primer lugar, están las fundamentales y antagónicas que escinden estructuralmente las sociedades, y, en segundo lugar, las de carácter secundario (aquellas que el presidente chino Mao Tse Tung llamaba contradicciones en el seno del pueblo) que son superables mediante métodos democráticos y revolucionarios.

A un año de la primera gestión de Gobierno del Estado Plurinacional, partimos de una constatación primordial: hoy, el pueblo boliviano ha consolidado su unidad histórica en torno a un único proyecto de Estado, economía y sociedad.

4. En diciembre de ese año, tras una nueva elección general, el Presidente Evo Morales obtendrá el 64% de la votación, 10% más de lo que había obtenido cuatro años atrás.

Diagrama 1. Contradicciones antagónicas

Fuente: Elaboración propia.

A lo largo de la vida de los pueblos y los Estados, las contradicciones fueron, son y serán las *fuerzas productivas* de los cambios, *las fuerzas productivas de la revolución*, el motor de la historia de las sociedades. En las contradicciones y tensiones se develan los problemas que afligen a una colectividad, se visibilizan las diferentes propuestas de solución de los problemas; y en las conflictividades mismas, develadas por esas contradicciones, es donde la sociedad articula proyectos, alianzas y medios para solucionarlas, parcial o plenamente. Tensiones y contradicciones son, por tanto, los mecanismos mediante los cuales se logran los cambios y se impulsa el avance de una sociedad, y forman parte indisoluble del curso democrático y revolucionario de los pueblos.

En Bolivia hubo, hay y habrá distintos tipos de contradicciones: fundamentales, principales, secundarias, antagónicas y no antagónicas. Un ejemplo de contradicción fundamental y antagónica fue la que, entre los años 2000 y 2009, enfrentó abiertamente al pueblo boliviano con sus enemigos: el imperio en alianza con terratenientes y sectores de la burguesía intermediaria aferrados a un neoliberalismo y colonialismo depredador. Fue un tipo de contradicción que tuvo que ser resuelta a favor del pueblo mediante métodos revolucionarios.

En ese mismo periodo (2000-2009) se presentaron contradicciones secundarias que fueron resueltas y superadas mediante los métodos democráticos de la persuasión, el diálogo, la articulación y la unificación de criterios. Estas tensiones fueron las que enfrentaron al campo con la ciudad, a los

trabajadores con el empresariado patriota boliviano, a indígenas y no indígenas. Eran contradicciones secundarias al interior del pueblo que pudieron ser resueltas mediante la construcción de alianzas y de acuerdos sociales en torno a la nacionalización de los hidrocarburos, la ampliación de los derechos colectivos y la igualdad de oportunidades, que garantizaron la unidad de nuestro país para derrotar a los adversarios fundamentales.

Hoy, en 2011, a un año de la instauración de la construcción del Estado Plurinacional, también nos encontramos ante la presencia de contradicciones fundamentales, principales, y secundarias. La contradicción fundamental antagónica sigue siendo la de la unidad del pueblo boliviano enfrentado al imperialismo que se resiste a reconocer nuestra soberanía y capacidad de autodeterminación en la construcción de nuestro destino.

Las contradicciones principales se muestran en la lucha del pueblo boliviano frente a los residuos fragmentados del neoliberalismo, del gamonalismo regional, de la derecha mediatizada y del colonialismo, que se oponen al Estado Plurinacional, a la autonomía y a la industrialización.

Pero también surgen en esta nueva etapa de la Revolución Democrática y Cultural –y es necesario que lo hagan– tensiones secundarias y no antagónicas al interior del bloque popular revolucionario, en el seno del pueblo. Una de estas tiene que ver con el debate fructífero, democrático y creativo respecto a la velocidad y a la profundidad del Proceso de Cambio. Por ejemplo, hay algunos sectores sociales que piden una mayor profundización de la revolución mediante la nacionalización de una parte de la minería privada, en tanto que otros sectores obreros mineros, consideran que eso no es necesario.

Esas tensiones y contradicciones secundarias, con las que tenemos que convivir, son parte de la dialéctica del avance de nuestro proceso revolucionario y lo alimentan porque son la fuente fundamental del desarrollo, del debate al interior del pueblo y de la transformación social.

Nos detendremos en el análisis de cuatro de ellas para ver cómo es que en su interior está contenida la vitalidad y la fortaleza del Proceso de Cambio hacia el futuro, porque son tensiones dialécticas y no contradictorias que impulsan el debate colectivo sobre el avance de la Revolución Democrática Cultural.

Las tensiones creativas de la quinta fase

Primera tensión: Relación entre Estado y movimientos sociales

La primera de estas tensiones creativas, que está siendo resuelta mediante el debate democrático, es la que se refiere a la relación entre el Estado y el movimiento social. El Estado es por definición concentración de decisiones, monopolio sobre la coerción, la administración de lo público-estatal, e ideas-fuerza que articulan a una sociedad. En cambio, el movimiento social y las organizaciones sociales son por definición democratización de decisiones, amplia y continua socialización de deliberaciones y decisiones sobre asuntos comunes. *Gobierno de movimientos sociales* es por tanto una tensión creativa, dialéctica, productiva y necesaria entre concentración y descentralización de decisiones. Como Gobierno se nos exige concentración rápida y oportuna de la toma de decisiones. La gente espera acciones ejecutivas prontas que den respuestas concretas a sus necesidades materiales. Pero a la vez, como organizaciones sociales indígenas-campesinas, obreras y populares en el Gobierno, se tiene una dinámica orgánica que exige debate, deliberación, reconsideración de temas y propuestas, ampliación de participantes en torno a esas decisiones. Y, por tanto, el Gobierno del Presidente Evo al ser un *Gobierno de movimientos sociales* vive y tiene que vivir continuamente esta tensión creativa entre concentración versus descentralización de decisiones, entre monopolización y socialización de acciones ejecutivas, entre el tiempo corto para obtener resultados y el tiempo largo de las deliberaciones sociales.

¿Cómo resolver esta tensión creativa de la revolución que estamos viviendo y venimos desplegando? El año pasado propusimos el concepto de *Estado integral* como el lugar donde el Estado (el centro de decisiones) comienza a disolverse en un proceso largo en la propia sociedad, y donde esta última empieza a apropiarse, cada vez más, de los procesos de decisión del Estado. A eso denominamos *Estado integral*, y no cabe duda de que constituye la superación dialéctica de esta tensión entre Estado (como máquina que concentra decisiones) y movimiento social (como máquina que desconcentra y democratiza decisiones). Se trata

ciertamente de un proceso que no puede ser resuelto a corto plazo y que requerirá un largo proceso histórico, de avances y retrocesos, de desequilibrios que parecieran inclinar la balanza a favor de uno u otro polo poniendo en riesgo ora la eficacia de gobierno, ora la democratización de las decisiones. En realidad, nada está previamente asegurado y lo que queda hacia el futuro es vivir con esa contradicción y desplegarla en todas sus variantes y potencialidades. La lucha y solo la lucha podrá mantener viva la contradicción durante décadas o siglos para que en un momento dado esta disolución del Estado en la sociedad al fin pueda realizarse como resolución histórica de esta contradicción.

Un segundo momento de esta tensión entre Estado y Movimiento Social, y de hecho más importante que el anterior, es el que se da entre la expansión material del Estado social y la función estatal de las comunidades y sindicatos agrarios.

Esta tensión ha sido mencionada reiteradas veces por el Presidente Evo en sus reuniones con los sindicatos. Cuenta él que, anteriormente, el sindicato era la institución social encargada no solo de defender a los afiliados frente a las amenazas agresivas del Estado: represión, exacción económica, etc., sino que además el sindicato-ayllu era el encargado de proteger socialmente al afiliado, organizando el trabajo común para construir escuelas, abrir caminos, socorrer a los afectados en caso de desgracias, incluso resolver temas de propiedad de tierras o asuntos familiares.

El viejo Estado colonial solo existió frente al movimiento campesino como una externalidad agresiva de la que no se recibía ni se esperaba nada, por el contrario, había que estar al acecho para protegerse de sus agresiones políticas y económicas. De hecho, el colonialismo puede definirse como un estado de guerra perpetuo entre Estado y sindicato-ayllu, atravesado por prolongadas treguas o armisticios temporales de no agresión. Esta guerra suspendida fue denominada erróneamente “pacto de reciprocidad” entre Estado y comunidad debido a la tolerancia entablada entre ambos, a cambio del respeto del acceso a un poco de tierra por parte del ayllu, y a la dominación, por parte del Estado.

Sería reciprocidad, si ambos sujetos sociales entregaran algo a “cambio” de la recepción de otro bien, aunque de distinta naturaleza. Pero

aquí, de lo que se trataba era de treguas entre uno, el Estado que arrebató lo que no posee: tierras, trabajo y gente, y el ayllu que solo contiene, cada vez en un espacio territorial menor, la depredación de sus territorios, su riqueza y su gente.

Tanto en tiempos coloniales como republicanos, el Estado no les dio nada ni al sindicato ni al ayllu, y quien se constituyó en la institución encargada de proteger social y políticamente a los miembros de la comunidad fue el propio sindicato-ayllu. El sindicato, como auténtico poder territorial, otorgaba protección social, regulación propietaria, justicia, sentido de pertenencia y de identidad. A esta función protectora y socializadora es a la que el Presidente Evo ha denominado el sindicato-Estado porque es el sindicato el que objetivamente se constituye como poder social, político, territorial y cultural.

Sin embargo, la lucha del sindicato por la descolonización del Estado que ahora encabezan las organizaciones sociales, desde el Gobierno, ha significado precisamente poner fin a este estado de guerra entre sindicato y Estado, apropiándose, modificando la estructura social, funciones y composición interna del Estado. Se trata de una demanda de democratización radical del Estado con el fin de hacer de él una maquinaria de protección social, de ampliación de derechos y de unificación participativa de la sociedad como corresponde a un Estado democrático-social. Nos referimos a la apropiación del Estado por parte del sindicato-ayllu en lo que se refiere a sus funciones organizativas y de gestión, es decir, la socialización y comunitarización creciente del poder como parte de una profunda revolución política de la sociedad, aunque al hacerlo, al cambiar el contenido social del Estado, construir la función social-protectora del mismo como iniciativa y programa revolucionario de los sindicatos indígenas-campesinos, paradójicamente se está a la vez perdiendo el poder territorial del propio sindicato que ahora comienza a dejar de lado funciones protectoras (salud, educación, carreteras, comunicación, apoyo ante los desastres, cohesión interna) que ahora pasan a ser ejecutadas por el Estado.

Resulta así que las luchas de descolonización y apropiación del Estado por parte del sindicato-ayllu están llevando a un repliegue de su propio poder como microestado. De esta manera, ahora en cada lugar del país,

el sindicato ya no se organiza para construir una escuela, una posta sanitaria, para abrir una carretera que comunique a sus habitantes, para levantar un puente entre poblaciones o para dar ayuda a los desamparados. No. Ahora se pide la escuela, la posta sanitaria, el camino, el puente y el amparo ante la desgracia al municipio, a la gobernación, al gobierno nacional. Y no importa el lugar donde se viva, la apropiación del Estado por parte de las organizaciones sociales ha creado la conciencia práctica de derechos y de protección social que hace recaer en el Estado y sus instituciones el cumplimiento de sus derechos colectivos, en detrimento de la función estatal-local del sindicato-ayllu.

Sucede así que la apropiación del Estado por parte del sindicato es también una apropiación del sindicato por parte del Estado, que puede llevar a un debilitamiento del mismo sindicato-ayllu, de su poder de gestión y cohesión.

De esta manera, la construcción del *Estado integral*, entendido como expansión democratizada de las funciones sociales del Estado, reivindicada por la propia sociedad organizada que anteriormente estaba excluida de esas funciones, lleva el riesgo de un debilitamiento de las propias estructuras de los trabajadores, creadas autónomamente para gestionar las necesidades y la protección social. Pero si las organizaciones sindicales no avanzan en esta ocupación-expansión del Estado social, este regresa a su situación de apariencia, de parcialidad colonial que beneficia a pocos, y los sindicatos regresan también a su función de estructuras locales, corporativas fragmentadas y sin sentido de universalidad, de comunidad universal.

De momento, y seguramente por muchos decenios hasta que la humanidad invente otras estructuras y a los seres humanos capaces de crearlas y sostenerlas, que administren lo universal, lo general, lo comunitario-universal, será a través del Estado, de sus funciones de gestión socializada, que los pueblos puedan expandir territorialmente la comunitarización del uso de lo *común* y la universalización de la satisfacción de las necesidades humanas.

Los sindicatos y la sociedad necesitan expandirse, apropiarse, democratizar las funciones de gestión y protección por parte del Estado, y la nueva conciencia social que le exige eso al Estado es una prueba de ese

avance. Si se detienen en su avance, la revolución como obra colectiva se detiene y los sindicatos regresan a sus funciones localistas, dejando en manos de la burocracia la administración de lo universal y a corto plazo dando inicio a la restauración del viejo Estado colonial “aparente”. De hecho, las críticas al Gobierno de falta de “eficiencia”, de “capacidad”, con las que atacan los partidos de derecha e intelectuales conservadores, conforman el nuevo lenguaje racializado con el que las viejas élites restauracionistas buscan descalificar a indígenas, trabajadores y campesinos, que dificultosamente, y con altibajos, aprenden la gestión de lo común, de lo público.

Pero entonces cómo avanzar en la democratización expansiva del Estado-social a cargo de los sindicatos-ayllus sin debilitar las estructuras sindicales y comunitarias autónomas que tiene la sociedad. Se trata de una tensión necesaria y creativa del proceso revolucionario. Detenerse es retroceder en el cambio. Avanzar, es crear riesgos de debilitamiento de la autonomía social. Y ante ello, no queda más que seguir adelante, revolucionar las condiciones de la propia revolución, asumiendo los riesgos, reconociéndolos a cada momento y trabajando para remontarlos. Por la experiencia hasta ahora desarrollada en estos años por algunas organizaciones, es posible expandir la presencia del Estado social como protector de derechos (salud, educación, transporte, servicios básicos, protección ante desastres, acceso a tecnología, etc.) en tanto el sindicato-ayllu mantiene, refuerza y expande su acción autónoma comunitaria al ámbito de la producción de riqueza, a la creación de un nuevo modo de producción material de la riqueza cada vez más asociativo, más comunitario, más social. Es ahí, en la producción, que la fortaleza comunitaria tiene ya una capacidad heredada (control comunitario del agua, acceso a la tierra, pastos comunales, rotación de cultivos, formas de circulación de la fuerza de trabajo) que puede ser el punto de partida de una intensificación interna en el propio proceso de producción local (familiar-comunal) y en la articulación productiva con otras comunidades.

Es en la creación de un nuevo modo de producción material crecientemente socializado, expansivamente comunitarizado que se juega el destino poscapitalista de la sociedad y del mundo y es ahí donde podrían comenzar a concentrarse las potencias, las energías autónomas

comunitarias de los sindicatos y de los ayllus. De esta manera, también el poder político de los Movimientos Sociales podría devenir en poder económico directo, sin mediación estatal, sobre el cual podrían darse con el tiempo nuevos ascensos revolucionarios que empujen la autodeterminación de la sociedad a peldaños más altos.

Como se ve, es en esta tensión, en esta contradicción creativa al seno mismo de la acción colectiva de la sociedad organizada que se pone en juego el avance de la revolución y la inminencia de su retroceso. Pero no hay otra manera más de avanzar, que no sea afrontando las tensiones y contradicciones como *fuerzas productivas de la propia revolución*. El no querer dar el salto con el único objetivo de no asumir riesgos ni generar contradicciones es ya un retroceso. Las revoluciones solo existen si avanzan, si luchan, si arriesgan, si saltan a veces por encima del vacío sin la seguridad de que del otro lado exista tierra firme. No hacerlo implica ya dejar de ser revolución.

Segunda tensión: Flexibilidad hegemónica frente a firmeza en el núcleo social

Una segunda tensión creativa es la que se da entre la amplitud social del proceso revolucionario (la incorporación creciente de muchos sectores) y la necesidad de garantizar la conducción indígena, campesina, obrera y popular del mismo. Es una contradicción que uno puede visualizar, por ejemplo, entre trabajadores, obreros, asalariados y el sector empresarial. La forma de su resolución es la ampliación, la apertura y la conversión del significado de pueblo a todas y todos los bolivianos –sin excepción– que apuestan por la descolonización, por el Estado Plurinacional, por la igualdad entre los pueblos, por la autonomía democrática de las decisiones, por el comunitarismo y la industrialización rectora de la economía plural, en fin, que apuestan por el *Vivir Bien*.

Pero, así como se tiene que apostar a una gran amplitud social que incorpore a vastos sectores –incluso de carácter empresarial, vinculados y de profunda convicción patriótica–, es imprescindible reforzar y garantizar el núcleo duro de la revolución: los pobres, los humildes, los campesinos, los indígenas, los obreros, los vecinos, que no cabe duda

que son, en las buenas y en las malas, el núcleo, el baluarte y la garantía de la conducción precisa y justa de nuestro proceso revolucionario.

La hegemonía del bloque nacional-revolucionario exige no solo la cohesión de las clases trabajadoras indígenas, obreras y populares, sino la irradiación de su liderazgo histórico, material, pedagógico y moral sobre las otras clases sociales que abarquen a la inmensa mayoría de la población boliviana. Siempre habrá un segmento reactivo a cualquier liderazgo indígena y popular, y actuará como correa de transmisión de poderes externos. Pero la continua consolidación del liderazgo plebeyo requiere que las otras clases sociales, al tiempo de ser reeducadas en los intereses colectivos como unidad suprema del país, consideren que su propia situación personal está mejor conducida bajo el mando nacional de las clases trabajadoras.

Esta amplitud de acuerdos, de articulaciones sociales, coloca a los sectores populares dirigentes ante el desafío de tener que incorporar parte de las necesidades de los bloques sociales diferentes, y esto emerge como contradicción al principio secundaria, pero con la potencialidad de devenir en contradicción fundamental si no se sabe regular la tensión, debilitando la propia conducción indígena-popular del proceso revolucionario.

Por lo tanto, la necesidad de amplitud social para consolidar la hegemonía histórica conlleva, a la vez, el riesgo de debilitar la hegemonía por ampliar demasiado la estructura de intereses colectivos conducentes del proceso.

No existe una receta ni modelo para salir de esta contradicción propia de la construcción de las hegemonías. Solo el debate, las tensiones, las rectificaciones continuas entre firmeza de liderazgo del núcleo social revolucionario y amplitud hegemónica pueden desplegar esta contradicción necesaria, y canalizarla como fuerza impulsora de la dinámica revolucionaria.

Tercera tensión: intereses generales frente a intereses particulares y privados

Una tercera tensión creativa de nuestro Proceso de Cambio, y la que con mayor intensidad se ha manifestado desde hace un año, es la que se da entre el interés general de toda la sociedad y el interés particular de un segmento individual de ella, entre las demandas que buscan satisfacer las necesidades de todo el pueblo como modo de resolución de la demanda de uno, y las movilizaciones que apuntan solamente a satisfacer las necesidades de un grupo particular, un sector o un individuo. Contradicción entre lo general y lo particular, entre la lucha común, comunitaria, comunista, y la búsqueda del interés individual, sectorial, particular y privado.

El largo ciclo de movilizaciones sociales, que se inició en el año 2000 con la Guerra del agua, comenzó como una movilización regional pero que desde el principio contenía no solo a toda la región sino a todo el país en torno al rechazo a la privatización del agua. El privatizar a la empresa municipal afectaba tanto a regantes campesinos como a usuarios de la ciudad de Cochabamba, lo que brindó la base material para la unificación universal de las clases sociales populares y medias del departamento. Y en la medida en que se resistía una política de carácter nacional como eran las privatizaciones, inmediatamente esa resistencia se convirtió en el referente de movilización general del pueblo contra el régimen político y el modelo económico privatista.

Posteriormente, la Guerra por el gas, la demanda por la Asamblea Constituyente y la construcción de una democracia plurinacional fueron reivindicaciones sectorialmente generadas por indígenas, vecinos y obreros, pero que contenían cada una a la nación entera, a un bloque social de oprimidos y dominados de las clases subalternas que reunían a la mayoría real de la sociedad. Esto permitió construir un programa de toma del poder a partir de un proyecto de reivindicaciones universales capaz de movilizar y unificar crecientemente a la mayoría del pueblo boliviano. La victoria electoral del MAS, el año 2005, se debió a su capacidad de levantar como voluntad de poder viable este proyecto universalista de